

XI

Winston Churchill

«**S**i un perro se abalanza contra mí, le pego un tiro antes de que me muerda». Winston Churchill, orador excepcional, poseedor de una de las prosas más brillantes de todo el siglo XX, al punto de ganar por méritos propios el Premio Nobel de Literatura en 1953, también sabía expresarse, cuando la ocasión lo requería, con una sequedad, contundencia y falta de remilgos verdaderamente explosivos. Y el momento que pronuncio esta frase fue, sin duda, una de esas ocasiones.

Desde 1929, sir Winston Leonard Spencer Churchill tenía extraoficialmente el título de *persona non grata* dentro de su propio partido, el Conservador. Su oposición, que ya venía de antiguo, a las políticas arancelarias proteccionistas en favor del libre comercio le había convertido en un *tory* excéntrico, marginal. Cuando en 1931 Ramsay MacDonald, premier laborista, para afrontar la Gran Depresión formó un gobierno de unidad nacional en el que los ministros conservadores tenían la preeminencia numérica, Winston Churchill no fue invitado. Así, orillado de la política activa —aunque en todo momento siguió conservando su escaño parlamentario—, decidió dedicar su abundante tiempo libre al cultivo de sus dos grandes aficiones: la pintura y la escritura. Este exilio interior fue prorrogándose hasta durar toda una década, de 1929 a 1939. Sin embargo, Churchill distaba de haber caído en un estado de bucólica ensoñación. Además de redactar durante este tiempo varios libros, entre ellos la biografía de su antepasado el primer duque de Marlborough, tanto su legendaria agudeza y capacidad de observación como la obstinación y fiereza congénita de su carácter seguían intactas y en plena ebullición. La frase del comienzo data de 1931, y el perro al que hace referencia por entonces todavía no era más que el

enigmático líder de un nuevo partido político germano en fulgurante ascenso: un tal Adolf Hitler.

Churchill fue de los primeros en tomar la medida exacta de la ambición de Hitler y, cuando muchos no veían en él más que a un patriota deseoso de frenar la amenaza bolchevique para restaurar la gloria y el honor de Alemania, el sir inglés caló al instante todo el potencial de locura, tiranía y destrucción que encerraba dentro de sí el cabecilla supremo del nazismo. Durante el resto de los años treinta, ya con Hitler en el poder desde 1933, Churchill no cejó en el empeño de clamar incansablemente contra el peligroso rearme del régimen nazi. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. El Reino Unido, desde 1937, vivía sumido en la política de temporización y pseudo pacifismo del también conservador Arthur Neville Chamberlain. Con posterioridad, la historiografía ha contabilizado que hasta en doce ocasiones distintas, si Churchill hubiese sido escuchado, Hitler podría haber sido detenido sin derramamiento de sangre.

Por eso, cuando el ejército nazi, violando con rampante desfachatez todos los acuerdos internacionales, invadió sorpresivamente Polonia el 1 de septiembre de 1939, a Gran Bretaña ya no le quedó más remedio que declarar la guerra a Alemania. Y por eso también, cuando el 13 de mayo de 1940 Churchill fue nombrado primer ministro, tal vez era la única persona en la isla con la autoridad moral suficiente como para ofrecer a su pueblo lo que ningún político le había ofrecido antes: *Blood, Toil, Tears and Sweat*, «Sangre, trabajo duro, lágrimas y sudor»*. Churchill fue sincero. En aquella hora, Gran Bretaña partió en solitario y en aplastante inferioridad militar a librar la que, hasta ahora, ha sido la mayor conflagración bélica de la historia.

Durante cinco largos años, Churchill lideró un gobierno de unidad nacional en jornadas de trabajo de quince o dieciocho horas diarias. Su energía inagotable, su desbordante carisma, su fe inquebrantable en el triunfo final, su determinación por derrotar a la bestia nazi que, al contrario de Stalin y Roosevelt, le llevó en numerosas ocasiones a visitar la primera línea de combate —poniendo en peligro su vida—, fue la fuente de energía de todos los pueblos de la Commonwealth. Pero, sobre todo, sus discursos —rotundos, vehementes y, a la vez, sobrios— fueron los

* Curiosamente, en español parece haberse consagrado la expresión «sangre, sudor y lágrimas», tal vez por la película de Noel Coward y David Lean de 1942, que en España se estrenó con este título.

que mantuvieron la moral de victoria entre sus compatriotas, permitiéndoles reconocerse a sí mismos y a lo mejor de su tradición en esa voz que, noche tras noche, desde la BBC, les incitaba a proseguir bajo las bombas la lucha de la civilización contra la barbarie del totalitarismo estatista y racista. Los ingleses estuvieron a la altura. Por eso Churchill, cinco años más tarde, desde la misma Cámara y con su franqueza de siempre, pudo decir a los británicos: «Esta victoria es vuestra».



SANGRE, TRABAJO DURO, LÁGRIMAS Y SUDOR
Londres, 13 de mayo de 1940

El viernes por la noche recibí de Su Majestad la misión de formar un nuevo gobierno. Era la evidente voluntad del Parlamento y de la nación el que fuera concebido sobre unas bases lo más amplias posible y que incluyera a todos los partidos. Ya he completado la parte más importante de esta tarea. Se ha formado un gabinete de guerra de cinco miembros que representa, con la oposición laborista y los liberales, la unión de la nación. Fue necesario hacerlo en un día debido a la extrema urgencia y rigor de los acontecimientos. Otras posiciones clave fueron cubiertas ayer. Esta noche le presento al rey una lista más amplia. Espero poder completar mañana el nombramiento de los principales ministros.

Normalmente, el nombramiento de ministros lleva más tiempo. Confío en que cuando el Parlamento se reúna de nuevo concluya esta parte de mi tarea y que el gobierno se halle, en todos sus aspectos, completo. Consideraré útil para el bien público el sugerirle al presidente que el Parlamento se debería reunir hoy. Al final de los procedimientos de la jornada, se propondrá el cese del Parlamento hasta el 21 de mayo, hecha la previsión de reuniones previas si fueran necesarias, en cuyo caso se notificará a los miembros del Parlamento lo antes posible. Ahora invito al Parlamento a que, con una resolución, archive la aprobación de los pasos que han tomado y declare su confianza en el gobierno. La resolución: «Este Parlamento le da la bienvenida a la formación de un gobierno que represente la unida e inflexible resolución de la nación de proseguir la guerra con Alemania hasta su victoriosa conclusión». Formar un gobierno de esta complejidad y en esta escala es una responsabilidad seria en sí misma. Pero nos hallamos en la fase preliminar de

una de las más grandes batallas de la historia. Estamos en plena acción en muchos lugares —en Noruega y en Holanda— y debemos estar preparados en el Mediterráneo. La batalla aérea continúa, y se deben realizar muchos preparativos aquí en casa.

En esta crisis creo que se me sabrá perdonar si no me dirijo extensamente al Parlamento y espero que mis amigos y colegas o antiguos colegas, quienes se ven afectados por la reconstrucción política, sepan disculpar la total falta de ceremonia que fue necesaria para poder actuar. Yo les digo a los ministros que se han unido a este gobierno: no tengo nada que ofrecer que no sea sangre, trabajo duro, lágrimas y sudor. Tenemos delante de nosotros una terrible prueba que reviste la más seria gravedad, tenemos delante de nosotros muchos, muchos meses de lucha y sufrimiento.

Ustedes se preguntan: ¿cuál es nuestra política? Digo que es librar batalla en tierra, mar y aire. Guerra con todo el poder y la fuerza que Dios nos ha dado, librar una batalla en contra de un tirano monstruoso que nunca ha sido superado en el oscuro y lamentable catálogo de los crímenes humanos. Ustedes se preguntan: ¿cuál es nuestro objetivo? Puedo responder con una sola palabra. Es victoria. Victoria a cualquier coste —victoria a pesar de los terrores—, victoria, por más largo y arduo que sea el camino, ya que sin victoria no se puede sobrevivir.

Tened esto por cierto; no habrá supervivencia para todo aquello que el Imperio británico ha defendido, no habrá supervivencia para el estímulo y el impulso de todas las generaciones, para que la humanidad avance hacia su objetivo. Pero yo asumo mi tarea con ánimo y esperanza.

Estoy seguro de que no se tolerará que nuestra causa se malogre en medio de los hombres. En este tiempo me siento autorizado para reclamar la ayuda de todas las personas y decir: «Venid, pues, y vayamos juntos adelante con nuestras fuerzas unidas».



ESTA VICTORIA ES VUESTRA

Ministerio de Sanidad, Londres, 8 de mayo de 1945

Dios os bendiga a todos ¡Ésta es vuestra victoria! Es la victoria de la causa por la libertad en todas partes. En toda nuestra extensa historia nunca hemos presenciado un día más grande que éste. Todos, hombres

y mujeres, han dado lo mejor de sí. Todos lo han intentado. Ni los largos años, ni los peligros, tampoco los feroces ataques del enemigo, han debilitado de manera alguna la independiente resolución de la nación de Gran Bretaña. Dios os bendiga a todos.

Mis queridos amigos, ésta es vuestra hora. No es ésta la victoria de un partido o de una clase. Es la victoria de la nación de Gran Bretaña en su conjunto. Nosotros fuimos los primeros, en esta antigua isla, en desenvainar la espada en contra de la tiranía. Después nos dejaron solos peleando contra la potencia militar más tremenda que se haya visto nunca. Estuvimos completamente solos durante un año.

Resistimos solos. ¿Alguno quería rendirse? (*la muchedumbre grita: «No»*). ¿Nos sentíamos desanimados? («No»). Se apagaban las luces y caían las bombas. Pero cada hombre, mujer y niño en el país no pensaba retirarse de la lucha. Londres puede resistir. Así, regresamos, tras largos meses, de las fauces de la muerte, de las llamas del infierno, mientras todo el mundo se preguntaba: ¿cuándo decaerá la reputación y la fe de esta generación de hombres y mujeres ingleses? Afirmo que en los largos años que están por venir, no sólo la gente de esta isla, sino la del mundo entero, en cualquier corazón en que el pájaro de la libertad gorjee, contemplará lo que hemos hecho y dirán: «No desesperen, no cedan a la tiranía y a la violencia, marchen resueltamente y mueran —si fuera necesario— sin dejarse conquistar». Ahora hemos salido de una lucha mortal, un enemigo terrible ha sido vencido y espera nuestro juicio y nuestra merced.

Pero hay otro enemigo que ocupa largas extensiones del Imperio británico, un enemigo manchado por la crueldad y la ambición: los japoneses. Me alegro de que todos podamos tomarnos una noche libre. Mañana nuestros grandes aliados rusos estarán celebrando la victoria y después de ello debemos comenzar la tarea de reconstrucción de nuestros hogares, haciendo lo posible para convertir este país en una tierra en donde todos tengan una oportunidad, en la cual todos tengan un deber, y hemos de centrarnos en cumplir con nuestro deber para nuestros compatriotas y para nuestros aguerridos aliados de Estados Unidos, quienes fueron atacados de manera tan abyecta y traicionera por Japón. Iremos de la mano con ellos. Aunque sea una lucha ardua no seremos nosotros los que desfallezcan.

Las fuerzas alemanas se rindieron incondicionalmente el 7 de mayo. Las hostilidades en Europa finalizaron oficialmente en la medianoche del 8 de mayo de 1945.

Ayer por la mañana, a las 2.41 de la madrugada, en los cuarteles generales, el general Jodl, representante del Alto Mando alemán y el almirante Doenitz, el jefe del Estado alemán, firmaron el acta de rendición incondicional ante el Cuerpo Expedicionario de los Aliados y, simultáneamente al Alto Mando soviético, de todas las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas en Europa.

El general Bedell Smith, jefe de las fuerzas del Cuerpo Expedicionario Aliado, y el general François Sevez firmaron el documento en representación del Supremo Comando de las Fuerzas Aliadas Expedicionarias, y el general Susloparov firmó en representación del Alto Mando ruso.

Hoy este acuerdo será ratificado y confirmado en Berlín, en donde el mariscal Tedder, delegado del comandante supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas, y el general de Lattre de Tassigny firmarán en representación del general Eisenhower. El mariscal Zhukov firmará en representación del Alto Mando soviético. Los representantes alemanes serán el mariscal de campo Keitel, el jefe del Alto Mando y los jefes comandantes a cargo de las fuerzas alemanas terrestres, aéreas y marítimas.

Las hostilidades finalizarán oficialmente esta noche, un minuto después de la medianoche, pero con la intención de salvar vidas el «cese del fuego» comenzó a sonar ayer a lo largo del frente y nuestras queridas islas del Canal se verán libres hoy.

Los alemanes están resistiendo todavía en algunos lugares a las tropas rusas, pero si continúan haciéndolo después de la medianoche se verán, por supuesto, privados de la protección de las leyes de guerra y serán atacados por todas partes por las tropas de los aliados. No es sorprendente que en un frente de guerra tan extenso y en el existente desorden del enemigo, las órdenes del Alto Mando alemán no sean obedecidas en todos los casos de inmediato. Esto, en nuestra opinión, con el mejor consejo militar a nuestra disposición, no constituye ninguna razón para ocultarle a la nación los hechos que nos comunicó el general Eisenhower de la rendición incondicional que ya se ha firmado en Reims, ni tampoco nos debería impedir celebrar hoy y mañana (miércoles) como los días de la victoria en Europa.

Hoy, quizá, pensaremos más en nosotros mismos. Mañana rendiremos un especial tributo a nuestros camaradas rusos, cuya destreza en el campo de batalla ha sido una de las grandes contribuciones para la victoria general.

La guerra con Alemania está, por lo tanto, en su etapa final. Después de años de intensa preparación, Alemania se lanzó sobre Polonia a comienzos de septiembre de 1939; en cumplimiento de nuestra promesa a Polonia, y de acuerdo con la República francesa, Gran Bretaña, el Imperio británico y la Comunidad Británica de las Naciones declararon la guerra ante esta vil agresión. Después de que la aguerri-da Francia fuera abatida, nosotros, desde esta isla y desde nuestro unido Imperio, mantuvimos sin la ayuda de nadie, durante un año entero, la lucha, hasta que se nos unió el poder militar de Rusia y más tarde el abrumador poder y los recursos de los Estados Unidos de Norteamérica.

Finalmente, casi el mundo entero estaba unido en contra de estos malignos emprendedores que hoy se postran ante nosotros. Nuestra gratitud para nuestros espléndidos aliados la sienten todos los corazones de esta isla y del Imperio.

Quizá nos permitamos un breve periodo de júbilo, pero no olvidemos ni por un instante la ardua tarea y los esfuerzos que nos esperan. Japón, con toda su ambición, aún no está sometido.

Éste es el mensaje que me han dado instrucciones de que transmita a la nación británica y a la Comunidad Británica de las Naciones. Tengo sólo dos o tres frases que añadir. Ellas transmitirán mi profunda gratitud hacia ustedes, esta Cámara, la cual ha probado ser la institución más fuerte que alguna vez se haya visto en la larga historia de nuestro país para librar la guerra. Todos nosotros hemos cometido errores, pero la fortaleza de la institución parlamentaria ha demostrado ser capaz de preservar al mismo tiempo todas las propiedades de la democracia y de librar batalla de la manera más severa y durante un largo tiempo. Deseo dar las gracias de corazón a los hombres de todos los partidos, a cada uno de los integrantes del Parlamento, por la manera en que la vivacidad de las instituciones parlamentarias se ha mantenido durante los ataques del enemigo y por la manera en que fuimos capaces de perseverar, y podíamos haber perseverado mucho más tiempo si hubiera sido necesario, hasta que se lograran los objetivos que nos habíamos propuesto: la incondicional e ilimitada rendición del enemigo. Recuerdo bien cuando al final de la última guerra, hace más de un cuarto de siglo, el Parlamento, al escuchar la larga lista de los términos de la rendición, los términos de los armisticios que se habían impuesto a los alemanes, no se sintió inclinado a la discusión o al debate, sino que deseó dar las gracias a Dios Todopodero-

so, al Gran Poder que parece dar forma y diseñar la suerte de las naciones y el destino de los hombres, y, por lo tanto, ruego, su señoría, permiso para proponer que esta Cámara acuda ahora a la iglesia de Santa Margarita de Westminster para dar humildes y reverentes gracias a Dios Todopoderoso por la liberación de la amenaza de la dominación alemana.